



El 98 en la primera persona de algunos anónimos singulares

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Santiago Ramón y Cajal, *Ramón y Cajal y la guerra de Cuba. Apuntes autobiográficos*, Introducción y comentarios de Santiago Ramón y Cajal Junquera, Crema-Ilo/Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1998. 120 pp. Ilust. ISBN 84-92384301.

Josep Conangla, *Memorias de mi juventud en Cuba. Un soldado del ejército español en la guerra separatista (1895-1898)*, Edición e introducción de Joaquín Roy, Península, Barcelona, 1998. 260 pp. ISBN 84-83071142. 1.500 ptas.

Julián Chaves Palacios (introducción y edición), *La pérdida de Filipinas narrada por un soldado extremeño (1896-1899). Memorias del sargento Deogracias González Hurtado*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1998. 206 pp. Ilust. ISBN 84-76714580.

Manuel Leguineche, *Yo te diré. La verdadera historia de los últimos de Filipinas*, El País/Aguilar, Madrid, 1998. 479 pp. Ilust. ISBN: 84-03593856. 2.900 ptas.

Han sido multitud las publicaciones cuyo centro ha tenido lo ocurrido en 1898. Desde obras de reflexión hasta recopilaciones de estudios parciales, textos protagonizados por la mirada de los otros implicados, de divulgación y reediciones de obras de época, textos literarios y filosóficos, álbumes fotográficos y anecdóticos, catálogos de exposición y reflexiones desde el presente. Casi cualquier posibilidad de recogida de información ha sido tenida en cuenta¹. En estas páginas va a hacerse referencia a algunos textos que

¹ Sin pretender ningún tipo de exhaustividad, pueden mencionarse: a) entre las obras de carácter general: *Memoria del 98*, Madrid, El País, 1998; Juan BOSCO AMORES, *España y Cuba (1868-1898): el final de un sueño*, Pamplona, EUNSA, 1998; Antonio CAMBRIL, *Cuba, 1898: el sol se puso*, Sevilla, Consejería de Educación y Ciencia de Andalucía, 1998; Raymond CARR et al., *Imágenes y ensayos del 98*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 1998; Alicia CASTELLANOS ESCUDIER, *Filipinas, de la insurrección a la intervención de EE.UU., 1896-1898*, Madrid, Sílex, 1998; José G. CAYUELA (coord.), *Un siglo de España. Centenario 1898-1998*, Toledo, Cortes de Castilla-La Mancha, 1998; Antonio ELORZA y Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, *La guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial*, Madrid, Alianza, 1998; Pedro LAÍN ENTRALGO y Carlos SECO SERRANO (eds.), *España en 1898. Las claves del desastre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1998; Antonio MARIMON, *La crisis de 1898*, Barcelona, Ariel, 1998; Roberto MESA (ed.), *Tiempos del 98*, Sevilla, Fundación el Monte, 1998; Rafael NÚÑEZ FLORENCIO, *Tal como éramos. España hace un siglo*, Madrid, Espasa Calpe, 1998;

[*Memoria y Civilización* 2, 1999, 349-360]

tienen por rasgo común la visión de los hechos desde un punto de vista personal y, además, alejado de los protagonistas relevantes, de los grandes personajes, de aquellos que tradicionalmente se han sentido en la obligación de justificar su actitud. Conscientes de la repercusión en su propia época y convencidos de la perdurabilidad de la fama, ofrecieron relatos en los que proporcionar “la” verdad, “su” verdad². En las obras analizadas, sin embargo, la

Juan PAN-MONTOJO (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998; Blas SIERRA DE LA CALLE, *Filipinas, 1870-1898. Imágenes de la Ilustración Española y Americana*, Valladolid, Caja España, 1998 [Hay una recopilación similar sin editor ni lugar de edición de 1900]. b) Sobre aspectos militares: *Fuentes documentales sobre Ultramar en el Archivo General de la Marina (1868-1900)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1998; Andrés MAS CHAO, *La guerra olvidada de Filipinas, 1896-1898*, Madrid, San Martín, 1998; Luis NAVARRO GARCÍA, *Las guerras de España en Cuba*, Madrid, Encuentro, 1998; R. NÚÑEZ FLORENCIO, *El ejército español en el desastre de 1898*, Madrid, 1997; Jaime PÉREZ-LLOCA, *1898: la estrategia del desastre*, Madrid, Sílex, 1998; Carlos VILA MIRANDA, *España y la Armada en las guerras de Cuba*, Madrid, 1998. c) Sobre el papel de la prensa: Álvaro ARMERO, *Fragmentos del 98. Prensa e información en el año del desastre*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1998; Julián COMPANYS MONCLÚS, *La prensa amarilla norteamericana en 1898*, Madrid, Sílex, 1998; Manuel LEGUINECHE, “Yo pondré la guerra”. *Cuba 1898: la primera guerra que se inventó la prensa*, Madrid, El País-Aguilar, 1998; Félix SANTOS, *1898. La prensa y la guerra de Cuba*, Bilbao, Asociación Julián Zugazagoitia, 1998. d) Aspectos culturales e intelectuales: José Luis ABELLÁN, *El 98 iberoamericano*, Madrid, Pablo Iglesias, 1998; Vicente CACHO VIU, *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998; Benedicto CUERVO ÁLVAREZ (coord.), *El desastre de Cuba y la generación del 98*, Oviedo, Colegio de Santo Domingo, 1998; Leonardo ROMERO TOBAR (ed.), *El camino hacia el 98. Los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo*, Madrid, Fundación Duques de Soria y Visor, 1998; edición de obras literarias de un esplendoroso 98 definido por su contraste con la situación política y social; sirva como ejemplo la “Biblioteca del 98 (Un fin de siglo)”, de editorial Alfaguara. e) Exposiciones: *España en ultramar*, Madrid, Biblioteca Nacional/Electa, 1998; *España fin de siglo. 1898*, Madrid, Fundación La Caixa, 1998; *Cuba. Imágenes del 98*, Huesca, Diputación de Huesca, 1998; *Cuba y Puerto Rico en 1898. Las perlas de las Antillas*. Marzo-Abril 1998. Museo de América, Madrid, Secretaría de Estado de Cultura, 1998; Javier TUSELL, Eliades ACOSTA y Enrique de la UZ, *1898, las fotografías cubanas*, Valencia, Diputación de Valencia, 1998.

² Algunos de estos relatos de personalidades destacadas pueden ser: Antonio María FABIÉ, *Mi gestión ministerial respecto a la isla de Cuba*, Madrid, Impr. del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1898; Vicente GALARZA Y ZULOAGA, conde de Galarza, *En propia defensa. Contestación al general Polavieja*, Barcelona, Imp. de Henrich y Cía, 1898; Camilo GARCÍA POLAVIEJA, *Relación documentada de mi política en Cuba. Lo que vi, lo que hice, lo que anuncié*, Madrid, Imprenta de Emilio Vinuesa, 1898; Valeriano WEYLER, *Mi mando en Cuba (10 de febrero de 1869 a 31 de octubre de 1897)*, Madrid, Imprenta Litográfica y Editorial de Felipe

narración de la propia experiencia no está condicionada por la necesidad de justificar una actuación. Quienes escribieron estos textos, varios de ellos editados por vez primera, lo hicieron por el mero placer del recuerdo, por dejar constancia de su experiencia, por transmitir a sus familiares unas vivencias que su excepcionalidad hizo muy pronto memorables. La conciencia de vivir hechos de carácter extraordinario impulsó la necesidad del recuerdo, el “yo estuve allí”, siempre desde esa primera persona del singular que da a las narraciones una característica peculiar y distinta. No se trata tanto de una verdad particular, pues no hay que defender punto de vista alguno, cuanto de mostrar una experiencia única, de proporcionar al oyente, en buena medida el propio autor y protagonista, la posibilidad para el recuerdo. Tal vez los textos de este carácter no sean más que una manera de ayudar a la memoria a evitar la pérdida, a evitar el olvido. Existe en ellos voluntad de recordar y, tal vez, requerimientos para ello. El resultado es el recuerdo narrado por escrito.

Ya desde los primeros momentos tras el final del conflicto comienzan a aparecer algunos libros cuyo rasgo primordial es el carácter testimonial, la pretensión de aportar particulares puntos de vista sobre los hechos aún recientes³. Los relatos personales, entonces vinculados a una visión de la histo-

González Rojas, 1910. Desde el punto de vista norteamericano puede verse Theodore ROOSEVELT, *The Rough Riders*, Nueva York, Scribners & Sons, 1899.

³ Anna CABALLÉ, *Narcisos de tinta. Ensayos sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*, Málaga, Megazul, 1995, p. 162. Alguno de estos testimonios: Ricardo BURGUETE, *¡La guerra!*, Barcelona, Maucci, 1902 (Incluye: I. Cuba. Diario de un testigo; II. Filipinas. Memorias de un herido); Raimundo CABRERA, *Episodios de la guerra. mi vida en la manigua (relato del coronel Ricardo Buenamar)*, Filadelfia, La Compañía Levytype, 1898; Manuel CORRAL, *¡El desastre! Memorias de un voluntario en la campaña de Cuba*, Barcelona, Tipografía Moderna, 1899; Federico de MONTEVERDE Y SEDANO, *Campaña de Filipinas. La división Lachambre*, 1897, Madrid, Hernando y Compañía, 1898; Carlos RÍA-BAJA, *El desastre filipino: memorias de un prisionero*, Barcelona, Tipográfica La Academia, 1899; Felipe TRIGO, *La campaña filipina (impresiones de un soldado)*, Madrid, Librería San Fernando, 1897. En otro sentido, pero también muy cercano al punto de vista popular el *Cancionero del 98*, de Carlos GARCÍA BARRÓN, editado por Cuadernos para el Diálogo de Madrid en 1974. También puede incluirse en el apartado testimonial el libro de Víctor CONCAS Y PALAU, *Causa instruida por la destrucción de la escuadra de Filipinas y entrega del arsenal de Cavite*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1899. Desde la óptica norteamericana también hubo relatos de lo ocurrido: Hermann JACOBSEN, *Sketches from the Spanish-American war*, Washington, Government Printing Office, 1899; John David MILEY, *In Cuba with Shafter*, Nueva York, Scribner & Sons, 1899; George Clark MUSGRAVE, *Under three flags in Cuba; a personal account of the Cuban insurrection and Spanish-American War*, Boston, Little, Brown and Company, 1899; James OTIS, *Off Santiago with Sampson*, Boston, D. Estes & Co., 1899; James Rankin YOUNG, *Reminiscences and thrilling stories of the war by returned heroes: containing vivid accounts of personal experiences by*

ria cuyos protagonistas eran los grandes personajes, constituían testimonios cualificados de una forma de pensar vinculada a concepciones socio-políticas muy definidas⁴. Tras la inmediatez de los hechos, el recuerdo de los mismos quedó subsumido en las turbulencias de la historia de España en el siglo XX. Sólo algunos elementos escogidos se revitalizaron durante el franquismo. Pasados esos primeros, cortos años de palpitante actualidad, sólo el primer centenario ha permitido revitalizar esos recuerdos. En medio estuvo la oportunidad perdida de unas corrientes historiográficas que hubieran podido rescatar los recuerdos desde abajo, pero no fue la situación del franquismo la más adecuada para ello. En la actualidad, la pérdida de paradigmas, o el paradigma disperso, si se quiere, permite la revalorización de unos hitos del pasado que afloran con abundancia al amparo de una cultura que, carente de referencias sólidas, se aferra con ansia a una tendencia conmemorativa que permita resucitar el pasado como elemento de referencia⁵.

Hay que hacer mención, llegados a este punto, de las aspectos más referidos a la forma de los relatos aquí analizados. Las características morfológicas de los libros ahora publicados coinciden con dos géneros cuyo interés ha aumentado considerablemente en los últimos años, al menos desde el punto de vista de la crítica literaria, mucho menos desde la historia. Así, memorias y autobiografías podrían definirse como formas de escritura en las que el autor de la narración y el protagonista de lo narrado generalmente son una misma persona. A partir de esta premisa básica y común vendría la necesidad de precisar las diferencias. Una de ellas estaría en el alcance de los textos

officers and men, Chicago, Ziegler, 1899. Desde el punto de vista de los filipinos: Graciano MARTÍNEZ, *Memorias del cautiverio (páginas de la revolución filipina)*, Manila, Impr. del Colegio de Santo Tomás, 1900; del mismo, *El tiro por la culata (cartas abiertas a un gobernador de dos islas)*, Manila, Impr. del Colegio de Santo Tomás, 1901; una recopilación actual es la de Juan L. FRANCOS, *Muerte al Castilla. La guerra de Filipinas contada por sus protagonistas*, Madrid, Parteluz, 1998. Una última referencia, en este caso, desde óptica francesa: Gaston ROUVIER y Henri TUROT, *The war in the Philippines: as reported by two french journalists in 1899*, Washington, National Historical Institute, 1985.

⁴ Puede verse: Ignacio PEIRÓ, "La historiografía académica en la España del siglo XIX", *Memoria y Civilización*, 1, 1998, pp. 165-196 y su estudio, en colaboración con Gonzalo PASAMAR, *Historiografía y práctica social*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1986.

⁵ De hecho, una de las más destacadas especialistas españolas en el ámbito de la literatura del yo, afirma que en los recuerdos está el fundamento de nuestra identidad (Anna CABALLÉ, *Narcisos de tinta*, p.14), lo que explicaría de alguna manera la necesidad de buscar en esos recuerdos de la colectividad, el fundamento de la identidad colectiva. Lo que justificaría el auge de este género individual y de su estudio, justificaría de alguna manera también ese afán conmemorativo de la colectividad, el intento de rastrear la identidad particular de la sociedad.

producidos, de interés histórico los memorialísticos, literario-psicológico los autobiográficos, aunque es evidente que la distinción precisa entre ambos territorios no puede obtenerse con facilidad y los solapamientos hacen de ambos géneros de la memoria un difícil campo de investigación⁶. Además, está la cuestión de la utilidad historiográfica de este tipo de textos. En este sentido, dos pueden ser los elementos dignos de tener en cuenta: por un lado, que recogen una experiencia individual, el testimonio directo sobre unos hechos, una reflexión sobre “un” pasado concreto; por otro lado, reflejan, de manera más o menos prolija, el contexto en el que se producen.

Por otra parte, los problemas historiográficos que plantean estos textos, convenientemente recordados por los tratados metodológicos⁷, inciden especialmente en la subjetividad de lo que aportan, en el escoramiento hacia determinadas posturas, en la univocidad de los puntos de vista. Y sin embargo, ya en el siglo XVI Montaigne consideraba que las memorias eran una base fundamental para la historia, incluso que las únicas buenas historias eran aquellas que habían sido escritas por los mismos que dirigían los asuntos o habían participado en su desarrollo. El género memorialístico francés alcanzó así sus más altas cotas desde el XVI. Se convirtió en un género nacional e insertó en la normalidad la escritura sobre el pasado personal, sobre la trayectoria vital. No es extraño, por tanto, que sólo entre 1700 y 1750 se recogieran más de dos mil novelas con forma de memorias; comenzó una asociación que hizo que los mejores novelistas franceses entre los siglos XVI y XIX coincidieran con los más destacados autores de relatos biográficos⁸.

⁶ Anna CABALLÉ, *Narcisos de tinta*, pp. 40-47. Paul de Man añade confusión al hablar de la imposible diferenciación entre literatura y autobiografía. Podría añadirse aún la dificultad de deslindar lo que de psicoanalítico o literario tienen algunos textos concretos, como el *Pretérito Imperfecto* de Carlos Castilla del Pino. La entrevista al autor de Teodoro León GROSS, *El Semanal*, 16-03-1997, p. 33, recoge el siguiente argumento del psiquiatra entrevistado, que sigue a Charles Rycroft: “Una autobiografía es «un recuerdo por uno mismo de todo aquello que sus antepasados han escogido para recordar sobre sus predecesores», una dialéctica «entre el 'yo' actual y el antiguo 'yo', al final de la cual ambos han cambiado»; el psicoanalista se ve a sí mismo «como un ayudante de autobiografiador» que puede «sacar prejuicios en dirección a la auto-denigración o de la autojustificación, y discriminar entre su propia voz y sus imitaciones letradas de sus otras voces ancestrales”.

⁷ Gabriel MONOD, en la obra colectiva *La enseñanza de la historia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934³, pp. 13-14, señala: “una autobiografía no es una historia: es una fuente de la Historia que nos da, no los hechos mismos, sino la impresión producida por ellos en un testigo”. Posteriormente incluye explícitamente las memorias dentro del tipo de fuentes que califica como obras propiamente históricas.

⁸ Pierre NORA, “Les mémoires d'État. De Comynnes à de Gaulle”, en su *Les lieux de mémoire*, II, *La Nation*, 2, París, Gallimard, 1986, pp. 367-376.

Junto a las memorias, el otro gran género de lo individual es la autobiografía, crecientemente entendida tanto como arte de la memoria como arte de la imaginación; incluso la memoria y la imaginación acaban convirtiéndose en tan íntimamente complementarias en el acto autobiográfico que habitualmente se hace imposible para los autobiógrafos y sus lectores distinguir entre ambas en la práctica⁹.

Philippe Lejeune estableció una definición de autobiografía que se ha convertido en norma, pese a las críticas. En ella señala que es “un relato retrospectivo en prosa que alguien escribe ocupándose de su propia existencia, en el que se centra en su vida individual, y en particular en la historia de su personalidad”¹⁰. Acuña posteriormente la noción de “pacto autobiográfico”, que define como un contrato entre autor y lector en el que el autobiógrafo se compromete explícitamente no a una exactitud histórica imposible, sino al esfuerzo sincero por vérselas con su vida y entenderla. Sólo el autor puede establecer que su relato es una autobiografía; por muchos esfuerzos que hiciesen los críticos para establecer por su cuenta que una obra es una autobiografía, no tienen sentido y no resultan convincentes¹¹.

⁹ John Paul EAKIN, *Fictions in autobiography. Studies in the art of self-invention*, Princeton, Princeton University Press, 1985, pp. 5-6. Para la cuestión de la autobiografía son especialmente interesantes: Georg MISCH, *Geschichte der Autobiographie*, Frankfurt am Main, Schulte-Bulmke, 1949-69, pese a estar inacabada, es la obra clásica y básica para estas cuestiones; James OLNEY (coord.), *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*, Princeton, Princeton University Press, 1980. El número especial coordinado por Ángel LOUREIRO, “La autobiografía y sus problemas teóricos”, de *Suplementos Anthropos* 19, 1991, con textos de Paul de MANN (“Autobiography as De-Facement”, pp. 113-18), George GUSDORF (“Condiciones y límites de la autobiografía”, pp. 18-33), Ángel LOUREIRO (“Problemas teóricos de la autobiografía”, pp. 2-8), Karl J. WEINTRAUB (“Autobiografía y conciencia histórica”, pp. 18-33), etc. y bajo la misma coordinación, el número 125 de *Anthropos*, 1991, más centrado en la autobiografía española; Nora CATELLI, *El espacio autobiográfico*, Barcelona, Lumen, 1991. Desde la historia, la atención ha sido mucho más reducida, especialmente en España, donde se echan de falta estudios que aborden estos géneros, tanto memorias como autobiografías, con una perspectiva historiográfica. Tal vez desde un punto de vista más general quepa destacar la obra de Karl WEINTRAUB, *La formación de la individualidad. Autobiografía e historia*, Madrid, Megazul-Endymion, 1993.

¹⁰ *L'autobiographie en France*, París, Armand Colin, 1971, 14. Una crítica en John Paul EAKIN, “Introducción” a Philippe LEJEUNE, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul, 1994, pp. 9-46.

¹¹ Philippe LEJEUNE, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul, 1994.

En el fondo es la constatación de que el objeto empírico de la autobiografía es susceptible de diversas aproximaciones¹². Así, los textos autobiográficos pueden ser considerados: a) como documentos, dentro del campo de los estudios históricos o del análisis de las civilizaciones, puesto que la “escritura del yo” es un producto histórico que se desarrolla en el mundo occidental a partir de finales del siglo XVIII y como tal expresa unas características de ese período y formación social. Además, b) el documento en cuestión permitirá descubrir nociones propias de la intimidad personal: memoria, personalidad, autoanálisis¹³. Pero no sólo así, también pueden examinarse como c) un texto literario, la forma más habitual hasta el momento.

Esta preeminencia del yo en este tipo de relatos, la temática memorable que recogen o la justificación personal de lo recogido (otra cosa es el criterio que inspire la elección de lo relevante), el tiempo y el espacio personalizado por aquel que recoge y protagoniza o testifica sobre los hechos, y otros elementos constitutivos de este tipo de textos, forman un conjunto de criterios que tratan de describir los rasgos de las memorias y las autobiografías y, en definitiva, de profundizar en el conocimiento de este tipo de narraciones. A partir de ahí ha de aproximarse el historiador, aprovechando el análisis formal, pero tendiendo preferentemente a un contenido que no sea sólo preocupación por los detalles. Siguiendo a Wilhelm Dilthey, habría que lograr el conocimiento de la configuración histórica de una época a partir de este tipo de textos, que proporcionan las formas peculiares en que el ser humano pone orden a su experiencia personal en cada momento histórico¹⁴.

¿Dónde situar el valor histórico de lo narrado? Por decirlo de manera menos solemne y categórica: ¿cómo extraer la utilidad histórica de este tipo de textos? Es evidente que no hay que asociarlas a la versión “verdadera”, o concederles cualquier grado de superioridad según el cargo o la responsabilidad de quienes las realizan. No hay que perder de vista la parcialidad de la experiencia, lo fragmentario del recuerdo, la limitación de una memoria que necesita olvidar para recordar. Incluso Funes el memorioso, el borgiano personaje cuya capacidad de recuerdo era absoluta, estaba limitado por la necesidad de conocer primero aquello que había de recordar, en este caso necesariamente parcial. De igual manera, el conocimiento que cualquiera de los

¹² David LOWENTHAL, *The past is a foreign country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, p. 207.

¹³ Un buen ejemplo de esta aproximación lo proporciona Ronald FRASER, *In search of a past. The Manor House, Amnersfield, 1933-1945*, Londres, Verso, 1984.

¹⁴ Jean MESNARD, “Conclusion. Les Mémoires comme genre”, en: Madeleine BERTAUD y François-Xavier CUCHE (eds.), *Le genre des mémoires, essai de définition*, París, Klincksieck, 1995, pp. 363-371; Ángel G. LOUREIRO, “Problemas teóricos de la autobiografía”, pp. 2-8.

autores de textos memorialísticos o autobiográficos tienen de los hechos de que son testigos, necesariamente será parcial y fragmentario. Esta condición hace que su valor factual sea limitado y, por tanto, su relevancia histórica reducida. Este es el origen de la crítica que desde visiones de la historia ancladas en el supervalorado dato, en el hecho, en el acontecimiento, se ha lanzado contra las memorias y las autobiografías, a las que se juzga incapaces de dar cuenta cierta de ellos. Precisamente es al contrario de esta visión. El valor de este tipo de narraciones radica más en lo que está en su trasfondo que en la explícita manifestación de lo tradicionalmente considerado como histórico.

Y será en este sentido en el que la utilidad histórica de los testimonios se desarrolle. No se trata de conocer los hechos relatados, siempre fragmentarios y parciales, como queda dicho. Se trata de encontrar los motivos que provocan la necesidad de escritura; se trata de extraer el punto de inserción de los testimonios individuales en la totalidad del marco que los acoge; se trata de explicar los rasgos de un texto cuyo valor está no tanto en su relación con lo narrado, como en la trastienda de la narración. Está comenzando a ser generalmente aceptado que los relatos personales no son tanto una forma de reproducción de lo observado, cuanto un proceso de construcción del yo a partir de la memoria personal considerada desde el momento de la escritura. Por ello, hablar de verdad en estos textos (en el más tópico de sus sentidos) es ilusorio, tanto por la imposibilidad de ser testigo de la totalidad de los hechos de su tiempo, como por el presentismo que marca la escritura. ¿Dónde situar entonces su utilidad historiográfica? Georges Gusdorf contesta al afirmar que son documentos sobre una vida, cuyo contenido es legítimo verificar historiográficamente, pero teniendo en cuenta que más destacadamente aún son textos artísticos y como tales deben ser analizados. Y, pese a ello, aún es preciso someterlos a una nueva crítica, aún más relevante, que, “en lugar de verificar la corrección material de la narración o de mostrar su valor artístico, se esfuerce en entresacar la significación íntima y personal, considerándola como el símbolo, de alguna manera, o la parábola, de una conciencia en busca de su verdad personal, propia”. Memorias y autobiografías —especialmente estas últimas—, habría que examinarlas, desde la historia, como lecturas de la experiencia, como puntos de vista particulares entre todos los posibles, como fragmentos que revelarían elecciones y opciones, decisiones y dudas de los que extraer esa subjetividad que difícilmente nos proporcionarían otras fuentes. Ahí está el “valor” historiográfico de estos textos¹⁵.

¹⁵ Véanse: Georges GUSDORF, “Condiciones y límites de la autobiografía”, pp. 15-16; Celia FERNÁNDEZ PRIETO, “La verdad de la autobiografía” en *Revista de Occidente*, 154, 1994, pp. 120-121 y 130.

Otra cuestión es la de por qué surge la necesidad, desde los sectores tradicionalmente al margen de la cultura escrita, de recoger la experiencia propia. En el proceso de democratización, de apertura del espacio público, de aceleración de los tiempos que tiene lugar desde fines del siglo XVIII, el recurso al pasado (general o personal) va a servir como nueva fuente de legitimidad ante la pérdida de los tradicionales recursos con que insertarse en el contexto. Crece la importancia de una manera de proporcionar identidades que se fundamenta en la mirada hacia atrás. En ese marco se produce la entrada de todos aquellos que creen tener algo que decir, que mediante su palabra se integran en la memoria nacional, aportan su fragmento del mosaico. Incluso aquellos cuyo testimonio se rebela contra lo establecido, contribuyen a la definición del conjunto. Es evidente que muchos de los relatos publicados no tenían, en origen, la pretensión de ser conocidos. Sin embargo, su difusión ha permitido un mejor conocimiento de la época, su ingenuidad ha conseguido rastrear las entrañas de una sociedad sólo desde arriba percibida. En su personal e íntimo intento de insertarse o separarse del conjunto proporcionan esa visión desde abajo que enriquece el conocimiento de las sociedades del pasado.

En este contexto hay que insertar las obras elegidas para este artículo, caracterizadas precisamente por proporcionar visiones desde abajo de realidades conocidas desde arriba y hacerlo además con una óptica personal.

Antes de entrar en su comentario, sin embargo, hay que mencionar los tópicos argumentos que a la hora de enfrentarse con el análisis de la literatura del yo en España insisten en su escasez, en su casi total ausencia: desde los orígenes árabes hasta la presencia de la Inquisición. Y aun siendo ciertos, no parece tan fundada la mencionada ausencia. Así, los siglos XIX y XX aparecen repletos de textos en primera persona. No hay más que ver que la floración de los mismos siempre es copiosa en los siempre bien irrigados momentos conmemorativos, como el 98 que analizamos en estas páginas. Sin embargo, y esa particularidad es especialmente relevante, en la mayor parte de los casos esa presencia sólo es abordada desde la pretendidamente neutra presencia del testigo actuante. Nos encontramos, por tanto, ante un siglo XIX español cuya literatura en primera persona pasa del tópico de ser inexistente a la realidad de ser abundante aunque desde formas memorialísticas. Los argumentos para este predominio formal hablan de la urgencia de los problemas políticos y del papel de referencia moral que los personajes públicos adoptan¹⁶.

¹⁶ Anna CABALLÉ, *Narcisos de tinta*, 131-7; 139-219 y "Memorias y autobiografías en España (siglos XIX y XX)", *Suplementos Anthropos*, 19, 1991, pp. 143-69; Ángel G. LOUREIRO, "La autobiografía española: actualidad y futuro", en *Anthropos*,

Respecto a los libros aquí recogidos, todos ellos tienen una parte de la neutralidad y la escasa relevancia que desde visiones tradicionales se adjudicarían a quienes los protagonizaron, pues incluso el Ramón y Cajal que asiste a los primeros pasos bélicos de la posterior independencia cubana no pasaba de ser un médico recién licenciado que sufrió con paciencia los desmanes de una administración y un ejército que en el texto de su reflexión criticó con dureza. Según lo visto más arriba, la importancia histórica de estas obras no radicaría tanto en su testimonio aislado, en formar parte de una vida a la que marcaron, sino en su consideración de piezas del mosaico más amplio de la España del momento. ¿De qué nos sirve saber que Deogracias pasó por Filipinas si no es por las opiniones que sobre aquella situación nos transmite? El hecho concreto tiene escasa relevancia histórica, pero el testimonio y la experiencia relatada, la narración de la vivencia, colaboran en la confección del fresco histórico, en la elaboración de la imagen de un país y de una actitud. Y todo ello, además, desde el punto de vista de quienes habitualmente apenas intervienen en la historia oficial, porque, despreciado su testimonio por una historia profesional que sólo en lo escrito fiaba la obra histórica y que, además, rechazaba cualquier asomo de protagonistas que no integrasen la habitual pléyade de héroes que desfilaban por las páginas de sus obras, no se preocupó por la recogida de las voces de quienes, testigos de los hechos, hubiesen podido ofrecer una perspectiva más al caleidoscopio de lo histórico. Ese interés coral, por tanto, está detrás de la importancia de este tipo de textos, cuyo valor aislado es relativo.

Comenzaremos por el magníficamente editado libro que recoge el recuerdo del extremeño Deogracias González, un diario ampliado con comentarios diversos de los que cabría destacar su sinceridad, la rudeza de la crítica a las autoridades, la sensación de caos y abandono en tan lejanos territorios: “Yo creo que mejor que prisioneros merecemos el nombre de hijos perdidos” (148). En este sentido, la crítica a las autoridades es habitual en todos los textos: “Y nuestro Gobierno tan tranquilo. Marranos”, recoge Leguineche (208, pero también 256); desde las cartas entre los tenientes Pérez Egido y su familia que recoge éste, a las mencionadas del sargento extremeño, pasando por las claramente orientadas en sentido cubano de Josep Conangla o la relación de abusos que padece Santiago Ramón y Cajal, en todos los casos la reflexión y elaboración de los recuerdos está marcada por una crítica furibunda que pudiera atribuirse en parte al ambiente posterior a la propia guerra, pero que también estaba presente en el momento en que los hechos estaban teniendo lugar, según recogen las cartas cruzadas entre los dos tenientes y su familia. Los tonos de la crítica son diversos: más pegados a la realidad

que le toca padecer día a día, en el caso de Deogracias, lo que en buena medida se justifica por el carácter de diario de su texto; claramente favorables a los cubanos en el caso de Conangla, en parte por el amplio proceso de reflexión y por la integración que este poeta y ensayista catalán experimentó en la cultura cubana, recogido en unas memorias que, a partir de notas previas, redacta en 1958; irónicas, duras en algunos momentos, en el caso del futuro nóbel de medicina; diversas, muy duras en el caso de los niveles intermedios del ejército presente en Filipinas, más moderadas entre tropa y oficiales superiores, en el libro de Leguineche. En cualquier caso, críticas a un Estado al que se consideraba no sólo responsable de las consecuencias, sino su origen más directo. La salvedad en lo que a la atribución de responsabilidades se refiere hay que hacerla para el caso filipino, pues como el soldado extremeño y los testimonios de los testigos acogidos en las páginas del periodista vasco dan clara cuenta, los frailes acaparan una importante cantidad de la responsabilidad por el desastre en las islas del Pacífico. Este argumento, ya presente en las novelas de José Rizal (*Noli me tangere* o *El filibusterismo*¹⁷), es común en los testimonios referidos a las Filipinas, aunque en el momento del estallido bélico la referencia a los frailes desaparece¹⁸.

Una última cuestión respecto al contenido concreto de las obras aquí comentadas. En el mosaico sobre la postrera presencia hispana en las Filipinas recoge Manuel Leguineche una parte en la que se hace referencia al sitio de Baler, immortalizado en la película cuya canción da título al libro. Para reconstruir lo sucedido en los meses que van desde la rendición española, en agosto de 1898 hasta el 2 de junio de 1899, recurre a los testimonios de aquellos que sobrevivieron y dejaron su relato sobre lo sucedido¹⁹. ¿Cuál es el valor de este hecho aislado? ¿cuál el de la resistencia del joven Cajal a los abusos de las autoridades civiles y militares de Cuba? ¿cuál el de las críticas furibundas a lo español y la defensa de lo cubano en Conangla? ¿dónde ver la importancia de las descripciones pormenorizadas que el extremeño Deogracias hace de las luchas contra los filipinos? La importancia histórica de todo ello radica en la recogida de un estado de ánimo, en la radiografía de un país que envió miles de personas a defender un sueño. A través de ellos, de quienes como Conangla trataron de evitar una pesadilla y se escabulleron del

¹⁷ Ambos re-editados con motivo del centenario: *Noli me tangere*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1998 y *El filibusterismo*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, 1997.

¹⁸ Puede verse: José Luis SAENZ RUIZ-OLALDE, *Los Agustinos Recoletos y la revolución hispano-filipina*, Marcilla, 1998.

¹⁹ Uno de los testimonios cualificados de ese sitio corresponden al oficial superviviente, Saturnino MARTÍN CEREZO, *El sitio de Baler*, Guadalajara, Taller Tipográfico del Colegio de Huérfanos, 1904 (editado posteriormente por Biblioteca Nueva en Madrid, 1906).

servicio de Ultramar, podemos apreciar cómo sentía la España de fin de siglo. A través de testimonios como los de Enrique Jurado podemos tratar de ver cómo pensaban los militares que fueron enviados a un frente que pronto vieron difícil de defender. Con esas palabras ahora rescatadas podemos apreciar la dureza de unas gentes que pese a dificultades de todo tipo regresaron y trataron de rehacer sus vidas. Nos encontramos, por tanto, ante los múltiples fragmentos de un mosaico que nunca tendremos completo, pero que ya desde su primera tesela nos proporciona elementos para comprender no los hechos concretos del desastre del 98, sino, sobre todo, a quienes los vivieron, a la sociedad que los protagonizó y los sufrió. Y todo ello desde la primera persona de alguno de esos múltiples anónimos personajes que de aquellos hechos dieron su testimonio, su propio relato y reflexión, una más.